

Para resolver problemas estructurales, necesitamos flexibilidad en objetivos.

**LORENZO J.
DE ROSENZWEIG**

lorenzo@terrahabitus.org.mx



Colaborar para prosperar

Colaborar no es fácil. Vivimos en un mundo saturado de intereses y actores entrelazados en un dinámico ecosistema social.

La complejidad política de las naciones, nuestras creencias religiosas y la enorme diversidad social, económica y tecnológica de nuestra civilización, combinada con el crecimiento demográfico, el acceso instantáneo a la información y a la desinformación, pueden complicar nuestros esfuerzos para alcanzar el bien común a través de la colaboración.

Nuevo León, y en particular el área metropolitana de Monterrey, enfrentan hoy día retos colaborativos de orden sistémico en varios frentes.

Algunos ejemplos son nuestra interminable crisis política, en la que los más afectados son los ciudadanos; la violencia, el desafío de lograr un transporte público digno, la mala calidad del aire que respiramos y el desabasto de agua.

La colaboración es la mejor alternativa, aunque no es siempre la única opción para enfrentar una situación problemática.

En ocasiones, cuando se cuenta con los elementos para hacerlo, sin afectar los intereses colectivos, el camino más fácil es inducir unilateralmente una solución. Otra opción es adaptarnos y vivir con el riesgo o problema, como hacemos con el tráfico o el gradual deterioro de nuestro poder adquisitivo.

La tercera alternativa es evadir el problema y simplemente alejarnos de la dificultad imperante hasta que ésta desaparezca, o bien se convierta en una crisis mayor, imposible de ignorar.

Abundan los ejemplos de inducciones unilaterales de índole federal, estatal y municipal, no siempre favorables a la consecución del bienestar de la población.

Por ejemplo, la enorme controversia de la reforma judicial y sus implicaciones para el futuro del País están hoy día en boca de todos, y es difícil pronosticar su impacto en la competitividad y prosperidad de nuestra nación.

A nivel estatal, resalta el deficiente manejo de la crisis que genera nuestro aire contaminado buena parte del año, y a nivel municipal padecemos asombrosos aumentos en el impuesto predial, sin que esto se refleje en mejores servicios e infraestructura.

Sin embargo, los retos realmente complejos y de gran calado sólo pueden resolverse de forma definitiva a través de la colaboración. Una que Adam Kahane define en su último libro como “colaboración flexible”. Con ella aprendemos a sumar con una diversidad de actores o instancias con puntos de vista y planteamientos radicalmente diferentes a los nuestros y con quienes no estamos de acuerdo, además de desconfiar de ellos.

Llegar a este tipo de colaboración im-

plica tres cambios de paradigma.

El primero es con respecto a la forma como nos relacionamos con otros actores. En la colaboración convencional definimos de manera unilateral una visión u objetivo común, enfocando nuestro esfuerzo en mantener la armonía del grupo. En la colaboración flexible reconocemos el conflicto, la divergencia de opiniones, y la posibilidad de visiones u objetivos fraccionados que pudieran coexistir para resolver el reto.

El segundo cambio de paradigma está relacionado con el proceso de resolución del reto. En la colaboración tradicional o convencional damos por descontado cuál es la mejor solución –normalmente nuestro planteamiento– y desarrollamos el plan correspondiente. En la colaboración flexible exploramos y experimentamos todos sobre la marcha, con diferentes opciones y posibilidades emergentes, todas ellas sustentadas por información veraz y conocimiento útil.

El tercer cambio es relativo al papel que jugamos en el proceso. En la colaboración tradicional hay un líder principal enfocado en alinear las acciones de los demás actores, mientras que en la colaboración flexible son varias personas o instituciones que asumen simultáneamente el manejo y conducción del proceso de cambio.

Regresando a la realidad de nuestro entorno metropolitano, y el anhelado sueño de un Gobierno ejemplar en sus tres niveles, es inaplazable la tarea de inducir a todos los sectores, principalmente al oficial, a colaborar flexible y desinteresadamente, con humildad y conocimiento de causa, haciendo a un lado las filiaciones partidarias, las aspiraciones políticas, los intereses económicos, y poniendo al frente las apremiantes necesidades espirituales y materiales que la población requiere para su plenitud.

El autor es biólogo marino y cofundador del primer Fondo Ambiental Nacional de México